

EXPOSICIONES | Matucana 100, Museo de Arte Contemporáneo:

De N. York a Matucana

WALDEMAR SOMMER

En la Quinta Normal se presentan una pareja de escultores-instaladores y dos fotógrafos. En el MAC, una sorprendente escenografía.

Buscando ampliar horizontes, no pocos artistas visuales chilenos residen en Nueva York. En buena hora. Eso, hasta el momento, para algunos ha significado retroceso; para la mayoría, felizmente, renovación creadora y conquista de una imagen personal; para el menor número, la consagración internacional. O, al menos, el éxito en suelo patrio. De jóvenes nuestros, habitantes en Manhattan, dos nos muestran su obra actual en Santiago. Así, Felipe Mujica trata de imponerse al pintoresco —ese su atractivo—, al inhóspito galpón de Matucana 100. Difícil empresa. Probablemente, Gonzalo Díaz ha sido el único expositor capaz de lograrlo. Pero, ¿qué ofrece el artista que hoy nos visita?



Sobre parte de los muros del primer piso, 11 dibujos con aspecto de gráficos rectilíneos y texto breve; más al centro del recinto, cuelgan nueve

carteles que alternan amarillo y gris. Parecen ya anunciar la idea de sol, protagonista del conjunto entero. En efecto, los rayos solares se representan en negros, geométrica y descuidadamente —en cuanto a factura—, encima de grandes paralelepípedos que demarcan los límites de la instalación. En pleno punto medio del lugar, un par de los mismos soportes volumétricos, ahora blancos, sirven de cuerpo y soporte a parlantes, transmisores de sonidos aleatorios.

Acaso lo más interesante de la áspera propuesta posconceptual de Mujica se encuentra detrás de uno de los cuatro paneles anteriores, y frente a la cara color naranja de éste. Se trata de una pequeña instalación: quince figuras sencillas de cartón doble, que recogen irónicas variaciones del más convencional de los paisajes con cordillera andina y sol.

El segundo nivel de Matucana 100 no pretende ser dominado por Johanna Unzueta, la otra visita proveniente de Nueva York. De su obra no conocíamos más que una escultura, también de cartón, sin mayor atractivo, dentro de una exhibición colectiva de hace no mucho tiempo. Hoy día, el progreso es elocuente. Consigüe que su original temática ac-



ESCULTORA DE COMPRAS.— Unzueta convierte el concepto de propiedad privada e individual en un personaje insistente y capital. En el video va de compras usando uno de sus gorros-esculturas de fieltro.

tual se convierta en una imagen tan obsesiva para ella como para el espectador. El concepto de propiedad privada e individual se convierte, pues, en un personaje insistente y capital.

De ese modo, la urgencia apremiante de una casa habitación y su espacio cercado alrededor la materializa, directamente, a través de la calidez protectora del fieltro, ya en tres dimensiones, ya desplegado como plano para armar. Pero, sobre todo, dentro de la casita arquetípica, elemental, esconde Unzueta la cabeza. Y lleva a cabo esa acción frente al bello y aplastante perfil de Manhat-

pia casa hasta un jinete o velero. Una segunda impresión digital ofrece el acto de introducirse en el interior de una amplia vestimenta de papel. Esta obra y la incrustación de su personaje en la cabeza evocan trabajos parecidos, donde ha brillado entre tantos la gran Rebecca Horn.

La sala subterránea, junto al teatro de Matucana 100, ofrece fotografías de dos expositores que interesan. Uno es Sachijo Nashimura. Su fotomontaje, constituido por tres mosaicos de 180 láminas en blanco y negro, recoge el bien reconocible paisaje urbano de una estación eléctrica.

saico distribuido en tres paneles, sus fotos en colores se fundamentan en dos imágenes playeras de lo más convencionales. Sin embargo, cada una ha sido sometida a proceso de revelado en innumerables laboratorios fotográficos. Las profundas diferencias provocadas en cada establecimiento le sirven para formar un mosaico, donde las diversidades de luz y cromatismo transforman cada agrupación en un gran cuadro abstracto de ricos azules y claroscuro cambiante.

En el MAC

En colaboración con el veinteañero Diego Córdoba, la escultora María José Ríos entrega, en la salita alta del Museo de Arte Contemporáneo, una especie de escenografía mágica. Objetos tangibles —simples bolsas— y sillas ilusorias, productos de una geometría elemental, resultan los actores. Hilos color naranja, vibrante y azul luz fosforescentes definen las formas dentro de una caja negra, cargada de intensidad visual. Su transfiguración óptica opera sobre el espectador, naciendo del juego entre sus personajes y las dimensiones espaciales. Una vez más se demuestra la versatilidad de su autora.

En el MAC, hilos color naranja fosforescentes definen las formas dentro de una caja negra, cargada de intensidad visual.

tan —registro fotográfico— o, en un par de buenos videos, tanto dentro de la intimidad hogareña, como invadiendo el paisaje costero mediante el cerco y la habitación.

Asimismo, la artista multiplica su protagonista material coloreado en una doble ciudad en miniatura, mientras el fieltro, esta vez como gorros, toma la forma de diversas esculturas: desde la pro-

Y lo desarrolla como variaciones globales sobre una visión similar de torres, postes y un complejo de líneas entrecruzadas, paralelas, que semejan las líneas multiplicadas de un verdadero grabado sobre metal.

El segundo fotógrafo resulta ser Paloma Villalobos. Opera de una manera bien distinta a la de su colega. Aunque ordena sus unidades también como un mo-